

PARÍS, 3 de Septiembre.

De lo dicho en mi última carta se infiere que la guerra no es un hecho bárbaro, es decir, propio de las épocas de barbarie; porque lo es igualmente de todos los períodos históricos, como quiera que nace en la familia, se realiza en la tribu, se perpetúa en el Estado, se extiende con la humanidad y se realiza en todas las regiones.

Suprimidle con el pensamiento, y habréis suprimido la humanidad y acabaréis con la Historia. Abrid las páginas de la Historia, extended los ojos por el mundo, preguntad á los siglos; los siglos, el mundo y la Historia, todos os hablarán de la guerra; su universalidad arguye su necesidad, y su necesidad le constituye en un hecho *humano*; es decir, en un hecho propio de la naturaleza del hombre ¹.

Ahora bien: los hechos de esta especie no han podido crearse y no pueden suprimirse; no pueden sujetarse á discusión porque no caen bajo el dominio de nuestro libre albedrío. Existen porque existen, y su existencia es una existencia providencial, necesaria. Y como todo lo que existe necesariamente es eterno; y como ninguna cosa hecha para la eternidad ha sido hecha por el hombre; y como lo que no es hechura de la libertad del hombre lo es de la voluntad de Dios, la guerra, que es un hecho *humano, necesario, eterno*, es hechura de Dios, es un hecho *divino* ².

¹ Si en vez de "naturaleza humana," hubiera el autor escrito "condición humana y gobierno de Dios," árbitro de la guerra *ipsius enim est bellum* (Reg., XVII, 47), nada tendríamos que oponer.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² En todo este pasaje hay gran confusión de ideas. Donoso, en efecto, confundía, tratando de la guerra, lo necesario con lo providencial, lo temporal con lo eterno, lo divino con lo humano, no acertando, por consiguiente, á discernir en ella lo que es del hombre de lo que es de Dios.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Si la guerra es un hecho *divino*, es un hecho *bueno*; porque el mal no es obra de Dios, sino hechura del libre albedrío del hombre. Con efecto, Dios ha hecho al hombre á su imagen y á su semejanza, porque le ha hecho *creador* ¹ cuando le ha constituido *libre*. Su libertad explica la existencia del mal sobre la tierra. El mal sin la libertad del hombre, sería un hecho acusador de la Providencia divina, sería un hecho inexplicable.

El fenómeno mismo de la guerra sirve para explicar mi pensamiento. Considerado en general, es obra de Dios; pero considerado como un hecho particular, es obra del libre albedrío del hombre; porque, al decretar la guerra el Ser Supremo como un hecho necesario en general, no ha decretado su necesidad en los casos particulares. Dios es criador de la *guerra*; el hombre es criador de *las guerras*. El hombre no es poderoso para suprimir la *guerra* porque es hechura de Dios; pero puede evitar *una guerra*, porque las guerras son su hechura. Siendo esto así, *la guerra*, obra de Dios, es buena como son buenas sus obras; pero *una guerra* puede ser desastrosa é injusta porque es obra del libre albedrío del hombre.

Yo comprendo y aplaudo á los que condenan *una guerra particular* que el interés público no abona; pero no he podido comprender nunca á los que anatematizan *la guerra*. Este anatema es contrario á la Filosofía y á la Religión; los que le pronuncian, ni son filósofos, ni cristianos.

Y, sin embargo, fuerza es confesar que la guerra, aun considerada en general, siempre que se la considere á primera vista parece un hecho contrario á la razón; un hecho contra el cual se levanta indignada la conciencia; un hecho á un tiempo mismo horrible é inexplicable. Pero al mismo tiempo puedo afirmar, y de mí á lo menos puedo decir, que cuando he penetrado más adentro de esta cuestión temerosa he sentido disminuirse mi horror y aclararse algún tanto este misterioso enigma. Porque no hay que vacilar un solo instante en declararlo:

¹ Ni el hombre es creador, ni el mal, que es mera privación, puede ser creado.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

la guerra es un enigma para la humanidad, como lo son todos los hechos providenciales comenzando por la humanidad y por el hombre; y aun dentro del hombre mismo, todo lo que su conciencia ve, ¿qué es sino un enigma inexplicable ó un problema insoluble? ¿Quién se explicará á sí propio su sabiduría y su ignorancia, sus instintos groseros y sus pensamientos levantados, su pequeñez y su alteza, sus inclinaciones terrenales y sus aspiraciones sublimes? ¿Quién al considerarse por un lado no ha estado tentado alguna vez por adorarse á sí propio como á un Dios, y al considerarse por otro no se ha despreciado nunca como la cosa más vil de todas las cosas creadas? ¿Quién no se ha dicho nunca en lo más recóndito de su alma: "Todo es misterioso para mí, yo mismo soy un misterio?" ¿Qué mucho, pues, si la guerra es también un enigma de aquellos que la Providencia se complace en poner delante de nuestros ojos, para que nuestros propios ojos sean testigos de la flaqueza del entendimiento humano?

Por una parte, no puede afirmarse que la guerra es un *mal* sin acusar á la Providencia divina ¹, y por otra, no se concibe cómo pueda ser una *cosa buena* el derramamiento de sangre, sin caer en el absurdo de condenar de un solo golpe todos nuestros instintos, de trastornar todas nuestras ideas, de confundir todas nuestras nociones. Y, sin embargo, para no caer en otro absurdo mayor es necesario afirmar que entre la Providencia de Dios y la conciencia del hombre hay un acuerdo necesario, una perfecta armonía. Su contradicción sería absurda, inexplicable, imposible. Por donde se ve que apenas podemos dar un paso en esta cuestión terrible, sin que demos también en uno de estos escollos: en la negación de la Providencia si la guerra es un *mal*; en la negación de la conciencia si la guerra

¹ Donoso se equivocaba visiblemente; aunque la guerra sea reputada por mal, y mal sin duda alguna gravísimo, nunca se puede sacar de aquí cargo alguno contra la Providencia, que ese y otros males permite para sacar de ellos el bien, ordenándolos á su gloria. Todo esto lo explica muy bien el marqués de Valdegamas en su grandioso *Ensayo*, escrito á la luz de la verdad que iluminó su mente cuando convirtió á ella sus ojos y su corazón.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

es un *bien*; y si, por salvar á la Providencia de Dios y la conciencia del hombre, decimos que no hay contradicción entre la primera y la segunda, no los salvamos sino haciendo el sacrificio de la razón humana.

No seré yo el que tome sobre mí el temerario empeño de buscar la completa explicación de este misterioso enigma; mi único propósito es someter á los hombres de firme razón y de buena voluntad algunas observaciones que me parecen de la más alta importancia y de la más grave trascendencia.

Todo lo que se refiere á la guerra tiene un no sé qué de singular y misterioso, como la misma guerra. Cuando, abriendo las páginas de la Historia, leemos la relación de las batallas que han trabado las naciones, la primera idea que nos asalta naturalmente, es la de la despoblación que han debido ocasionar en el mundo; y en realidad de verdad, si hay una idea que á la vista de un fenómeno brote espontáneamente en el entendimiento humano, esa idea es la de la despoblación del mundo, como consecuencia forzosa de sus innumerables guerras y batallas. Pues bien: la economía política y la estadística de los pueblos han elevado hoy á la clase de una verdad demostrada la observación de que las guerras no influyen nunca de una manera sensible en la despoblación de las naciones. Primer motivo de asombro al estudiar el fenómeno de la guerra.

Pasemos más adelante. La segunda idea que nos acomete al proseguir este estudio, es la de que la guerra acaba con las artes y las ciencias que florecen en la paz, y, por consiguiente, con la civilización de las sociedades humanas. Los hombres asocian naturalmente á la idea de la guerra, aunque sea una guerra entre pueblos civilizados, la idea del vandalismo; y esta asociación se explica, comoquiera que la guerra es la ostentación de la fuerza física y material, y la fuerza física y material es, si me es permitido hablar así, de naturaleza vandálica. Y, sin embargo, si hay un hecho que proclame en alta voz el mundo y que consigne claramente la Historia, es el hecho de la acción civilizadora de la guerra; su acción es

civilizadora hasta tal punto, que, si la suprime el entendimiento, todos los progresos sociales quedan suprimidos, todas las civilizaciones quedan aniquiladas. Hagamos aquí una estación para dar á la verdad que asentamos toda la luz de la evidencia.

Si hay un hecho evidente, como consignado en todas las tradiciones populares y no desmentido nunca por la Historia, es el hecho de que la civilización no nace, sino que se importa en las sociedades humanas. Esta fué la creencia universal de todos los pueblos primitivos, creencia que no ha sido desmentida en los tiempos históricos; y si lo ha sido por ventura, señálese el siglo y el pueblo en donde haya nacido la civilización por sí misma. Esto serviría para demostrar, y sea dicho de paso, que la civilización ha nacido en el mundo de una revelación hecha por Dios á un hombre encargado de trasladarla á las gentes, y con esto quedaría demostrada á los ojos de la razón humana aquella palabra profunda de la Sabiduría divina: "*Fidex ex auditu*". Es asimismo un hecho consignado, así en las tradiciones populares como en la Historia, que la civilización no se ha transmitido nunca á los pueblos sino por medio de la guerra. Ábranse los anales en que se consignan las tradiciones de las gentes primitivas, y se verá que todos los pueblos, para encontrar el origen de su civilización, le buscan en un guerrero semidiós, venido no se sabe de dónde, nacido no se sabe de quién, que con la espada se ha abierto paso al Trono, ha talado los campos y ha desolado las naciones.

Si, apartando la vista de los tiempos fabulosos, pasamos sus confines y penetramos por las fronteras de la Historia, observaremos con asombro que la Historia es la confirmación de la fábula. La guerra y la conquista han sido siempre los instrumentos de la civilización en el mundo, y lo han sido de dos maneras diferentes. Unas veces, el pueblo civilizado ha sido el que se ha propuesto llamar á la vida de la civilización á los pueblos sumidos en la barbarie, llevando la guerra á sus entrañas. Otras, cuando el pueblo civilizado se ha entregado á un culpable reposo, los pueblos bárbaros han sido los que, sacu-

diendo su sueño, se han precipitado sobre él con las armas en la mano para reclamar su parte en la común herencia, y para aplacar su ignorada sed de civilización en la fuente de aguas vivas. Los unos y los otros, al moverse, han creído siempre que se movían para dar un nuevo aliento á su ambición ó á sus instintos feroces, ignorando que, dóciles instrumentos de la mano de Dios, no eran sus propios servidores, sino los servidores de la humanidad y de la Providencia. Genserico debió de tener una revelación instantánea y maravillosa cuando, preguntado por el rumbo que había de llevar, puso su cólera á la merced de la cólera de Dios, y le pidió, dispuesto á herir al pueblo que le señalara, que hinchase sus velas con el soplo de sus iras. *L'homme s'agite, et Dieu le mène*. Véase ahí la fórmula de la filosofía de la historia, dada al mundo por el último Padre de la Iglesia ¹.

Ejemplos de la primer manera de transmitir la civilización son: la guerra de Troya, en la cual el pueblo griego, el pueblo civilizado, se levanta de su asiento para llevar la guerra, y con la guerra la civilización, á los imperios asiáticos; y la guerra de Alejandro, el cual, siendo el precursor del más grande de todos los pueblos, abre con su espada á la civilización un paso por el Oriente; y las gigantescas guerras de Roma, cuyo encargo providencial era asimilarse al mundo imponiéndole el imperio de sus armas, de su civilización y de sus leyes, disponiéndole con su magnífica unidad á recibir en su seno al civilizador de la tierra, al Salvador de los hombres; y las guerras de los cruzados, en que los caballeros del Occidente iban á predicar, en la tierra de los prodigios sujeta al yugo musulmán, el prodigio de una religión santa, que llevaba dentro de sí el germen fecundo de todos los progresos sociales. Ejemplos de la segunda manera son, en los tiempos antiguos, la guerra de Jerges con las repúblicas nacies de la Grecia; en los confines en donde parten términos los tiempos modernos y los antiguos,

¹ Se refiere, por ventura, á Bossuet, llamado con razón "el águila de Meaux," pero Bossuet no es Padre de la Iglesia. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

las invasiones de los pueblos del Norte precipitados sobre Roma en confuso y turbulento tropel desde las nieves del Polo; y en los tiempos modernos, las guerras de Italia. La revolución francesa es el símbolo más perfecto de la transmisión de la civilización por medio de la guerra. La Francia se precipita sobre la Europa para anunciar el advenimiento al mundo de la idea democrática, armada con los rayos de las revoluciones¹. La Europa se revuelve contra la Francia, y convierte á París en un campamento de cosacos para traer á la memoria de un pueblo demente que el árbol de la democracia no robará sus jugos al árbol de la Monarquía, y que los pueblos descansarán todavía por largo tiempo al abrigo de su sombra. De esta noble enseñanza resultó el gobierno de los Borbones restaurados, diferente del de los tribunos de la Revolución porque fué una Monarquía, diferente también del de los antiguos Borbones porque fué una Monarquía democrática.

No: desde los tiempos fabulosos hasta la edad presente, ninguna idea civilizadora ha aparecido en el mundo que no se haya propagado por medio de la guerra, que no se haya inoculado en los pueblos por medio de la sangre; y no se me cite para demostrar lo contrario el ejemplo del Cristianismo, que vino al mundo cuando el mundo, para recibirle en su seno, se preparó como un penitente arrepentido, poniendo un sello á sus labios y deponiendo humildemente sus armas. Sí, es verdad: el mundo estuvo sumido entonces en un solemne reposo y en un profundo silencio. Sí, es verdad: las venas del mundo estuvieron entonces cerradas, pero lo estuvieron porque las venas del Hijo de Dios iban á abrirse como abundantísimas fuentes para el rescate del mundo. Sí, es verdad: no hubo guerra de unos pueblos contra otros pueblos, de unos hombres contra otros hombres, de unas gentes contra otras gentes, pero hubo guerra entre la Tierra y el Cielo, y los hijos de los hombres clavaron al Hijo de Dios en una afrentosa cruz, y pusieron sus

¹ Desdichada Europa, civilizada por la Francia revolucionaria.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

lenguas en su inmaculada gloria y sus manos en su sacratísimo rostro. Sí, es verdad: no hubo sangre en los campos de batalla, pero hubo sangre en el Calvario. Sí; entonces, como antes y como después, y más que antes y más que después, la ley de la guerra y de la sangre fué cumplida; pero el Hijo de Dios, apiadado de nosotros, y viendo que esa ley era demasiado pesada para los hombres del mundo, quiso aliviarle siquiera por un día de su peso, y la echó sobre sus hombros.

La acción civilizadora de la guerra: véase ahí el segundo motivo de asombro para el que medita profundamente sobre este gravísimo asunto.

La tercera idea que nos acomete al contemplar este fenómeno, es la de que la guerra debe endurecer el corazón del guerrero; y, sin embargo, el carácter de Alejandro es simpático, el de Escipión magnífico, el de César generoso, el de Héctor ideal, religioso el de Eneas, y los caballeros de la Edad Media eran galantes, urbanos, sensibles, religiosos, comedidos; eran resignados en las desgracias, modestos en las victorias; eran púdicos como las vírgenes, tiernos y enamorados como los trovadores. Cosa singular y nunca bastantemente admirada: la flor más delicada nació en los campos de la muerte y fué regada con sangre. En los campos de batalla creció la flor de la caballería y nació el culto de las mujeres. Los hombres consagrados á abrirse paso con la espada, iban deshaciendo por el mundo las obras de la fuerza. Los hijos de los combates llevaron hasta la extravagancia el idealismo del amor; eran mansos como corderos en las ciudades los que eran fieras en los campos si se trataba de pundonores. Cosa singular, y sin embargo evidente: del espíritu guerrero nació, en los siglos bárbaros, el espíritu de la caballería; y el espíritu de la caballería fué despojando al árbol de la civilización de la corteza de la barbarie y de su ferocidad á las costumbres. *Emollit mores, nec sinit esse feros.*

No acabaría jamás esta carta si fuera estampando en el papel una por una todas las reflexiones que se me ocurren para

demostrar cumplidamente lo que creo que está demostrado ya, á saber: que la guerra es un fenómeno de índole tan singular que de él puede afirmarse, sin temor de padecer engaño, todo lo contrario de lo que á primera vista parece. Considerado á primera vista, parece un agente poderoso de despoblación en el mundo; y considerado más detenidamente después, se observa que en nada ha contribuído á la despoblación de las naciones. Considerado á primera vista, cualquiera diría que es un elemento bárbaro, y es un elemento civilizador. Cualquiera diría que difunde el materialismo, y es el idealismo el que difunde por la tierra. Cualquiera diría que endurece el corazón, y exalta y purifica los corazones. Cualquiera diría, en fin, que hace á los hombres más feroces y más duros, y, al contrario, amansa y dulcifica las costumbres.

Una última observación y una última palabra. La muerte del hombre á manos del hombre es un acto de frenesí en el matador, que va acompañado siempre de un aparato horrible de síntomas físicos y morales; el matador es un enfermo atormentado por las furias; el odio, la ira y la venganza han hecho presa de él, y la sangre está palpitante en sus manos; la sed de sangre le devora, y es necesario que antes de morir meta sus miembros en sangre. El matador camina por el mundo como caminó Caín: señalado por la mano de Dios, objeto de horror para sí mismo, objeto de horror y compasión para los hombres; á su aspecto, la naturaleza humana se estremece; todo lo que tiene vida se llena de pavor; las piedras del camino se levantan contra él; sus hijos no le conocen; sus hermanos le afrentan; su padre le maldice, y hasta su madre, que no puede maldecirle, maldice sus entrañas y le aparta lejos de sí.

Le flot qui le porta, recule épouvanté.

Ahora bien; cualquiera diría que la profesión de guerrero es una profesión de matador, y que entre el primero y el último no hay ninguna diferencia; y, sin embargo, las furias no ator-

mentan al guerrero; sus nobles facciones no están desfiguradas por el odio, por la venganza ó por la ira; si derrama la sangre, no la lleva á sus labios porque no tiene sed. El guerrero camina por el mundo rodeada la frente de una aureola de gloria; á su paso le aclaman los hombres; sus hijos se envanecen; sus hermanos le honran; su padre le bendice; su madre siente un estremecimiento de alegría en sus entrañas fecundas; su patria escribe su nombre en mármol para que pase á la posteridad.

¿De dónde procede esta diferencia tan profunda entre cosas que parecen tan semejantes? ¿Es injusta la humanidad, por ventura, cuando teje coronas para los guerreros, al mismo tiempo que levanta cadalsos para los matadores? Cuando obra así, ¿se pone en contradicción consigo misma? Y si la humanidad obrando así tiene razón, ¿qué poderosa, que oculta virtud se esconde en ese fenómeno maravilloso de la guerra que purifica á los matadores, que santifica á la muerte?

En ese fenómeno hay un misterio, un misterio profundo, un enigma terrible, un fenómeno que existe y que no lleva en sí mismo la razón de su existencia; que es lo contrario de lo que parece, y que no parece lo que es; que, siendo un mal considerado en sí mismo, es como la condición necesaria de todos los progresos sociales; que reúne en sí los más opuestos caracteres, y que es el símbolo de todas las contradicciones; es necesariamente uno de aquellos misterios que el entendimiento humano reconoce como insondables.

El porqué de la guerra será siempre la pregunta del hombre y el secreto de Dios; y, sin embargo, cuando el hombre se propone averiguar el porqué de todas las cosas, aun de aquellas cuya naturaleza íntima está cubierta á sus ojos con un tupidísimo velo, el hombre cumple con su destino en el mundo. Dios le ha negado la gracia de sus respuestas, pero Dios mismo es el que le anima en sus laboriosas investigaciones, sin duda porque el resultado de todas ha de ser el sentimiento de su humildad y la confesión de su ignorancia.

En mi carta próxima, que para no arredrar á mis lectores

será la última que consagre á este asunto, procuraré investigar el porqué de ese fenómeno que espanta á la imaginación y abruma el entendimiento. Téngase, sin embargo, entendido desde ahora que mi ánimo, al entrar en tan peligroso terreno, no es otro sino el de presentar sobre este temeroso enigma algunas humildes y modestas conjeturas, que retracto con anticipación y desde luego si no estuviesen conformes de todo punto con lo que nos manda creer nuestra santa Religión á los ojos de los hombres más entendidos en sus dogmas. No seré yo el que me rebele contra la única autoridad que respeto y acato en este mundo desde que filosofando, como quien divierte sus ocios y entretiene sus pesares, he aprendido á tener en poco á todos los filósofos y á todas las filosofías ¹.

PARÍS, 10 de Septiembre.

El día en que el hombre, rebelándose contra su Criador comió la fruta vedada, nació el *pecado*, que es el *mal*, obra exclusiva del hombre.

Dios pudo borrar el *mal* por medio de la *condenación*, y ése era el objeto de su *justicia*. Pero quiso borrarle por medio de la *enmienda*; éste fué el consejo de su *misericordia*.

La *enmienda* es la *expiación* ²; la expiación debe recaer sobre el pecador; el pecador era á un mismo tiempo un hombre y el padre común de los hombres; la expiación debía recaer sobre el individuo y sobre la especie, sobre el hombre y sobre el género humano.

¹ Donoso no conocía entonces la verdadera filosofía; y pues no la conocía, no podía amarla y estimarla. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² Son cosas diferentes la expiación y la enmienda. La expiación es el sufrimiento, en que consiste esencialmente la pena, que restaura el orden violado por la culpa; la enmienda es la conversión del pecador al bien.

El individuo debía expiar su pecado sujetándose á los males físicos, es decir, á las *dolencias*; á los males morales, es decir, á sus *pasiones* ¹; á la destrucción, en fin, es decir, á la *muerte*.

Las dolencias, las pasiones y la muerte son á un mismo tiempo obra del hombre y obra de Dios; del hombre, porque no existiría sin el pecado, que es su obra; de Dios, porque no existirían tampoco si no hubieran prevalecido los consejos de su misericordia sobre los consejos de su justicia.

Siendo á un mismo tiempo obra del hombre y obra de Dios, son á un tiempo mismo un *bien* y un *mal*. Son un mal, porque abren la puerta á todos los *dolores*; son un bien, porque abren la puerta á todas las *esperanzas*. Son un mal, porque son una *pena*, y un bien, porque son una *expiación*; son un mal, en fin, porque *atormentan*; son un bien, porque *rehabilitan*.

El cristianismo es maravilloso en todas sus cosas; pero en nada es más maravilloso que en sus explicaciones. Con una sola palabra ilumina al entendimiento para que vea claro en los designios de la Providencia, en la trabazón y concierto de las cosas y en los misterios del hombre.

Su explicación es siempre tan trascendental que confunde á los filósofos, y tan sencilla, que los niños la comprenden; tan abstracta y tan levantada sobre las cosas de la tierra desde un punto de vista, que parece ideada por Dios para ejercitar el entendimiento de los espíritus puros; tan llana y hasta tan vulgar desde otro punto de vista, que parece ideada por el común de las gentes.

De esta manera iguala Dios á todos los hombres cuando los pone delante de sí, haciendo tan sabia á la inocencia como al orgullo, á la ignorancia como á la sabiduría.

Compárense las explicaciones del cristianismo con las de los filósofos; y para no ir más lejos, compárense sus explica-

¹ Las pasiones no son males morales, antes son en sí mismas buenas. Donoso se refería, sin duda, á la inclinación al mal que dejó en los hombres el pecado de Adán. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)